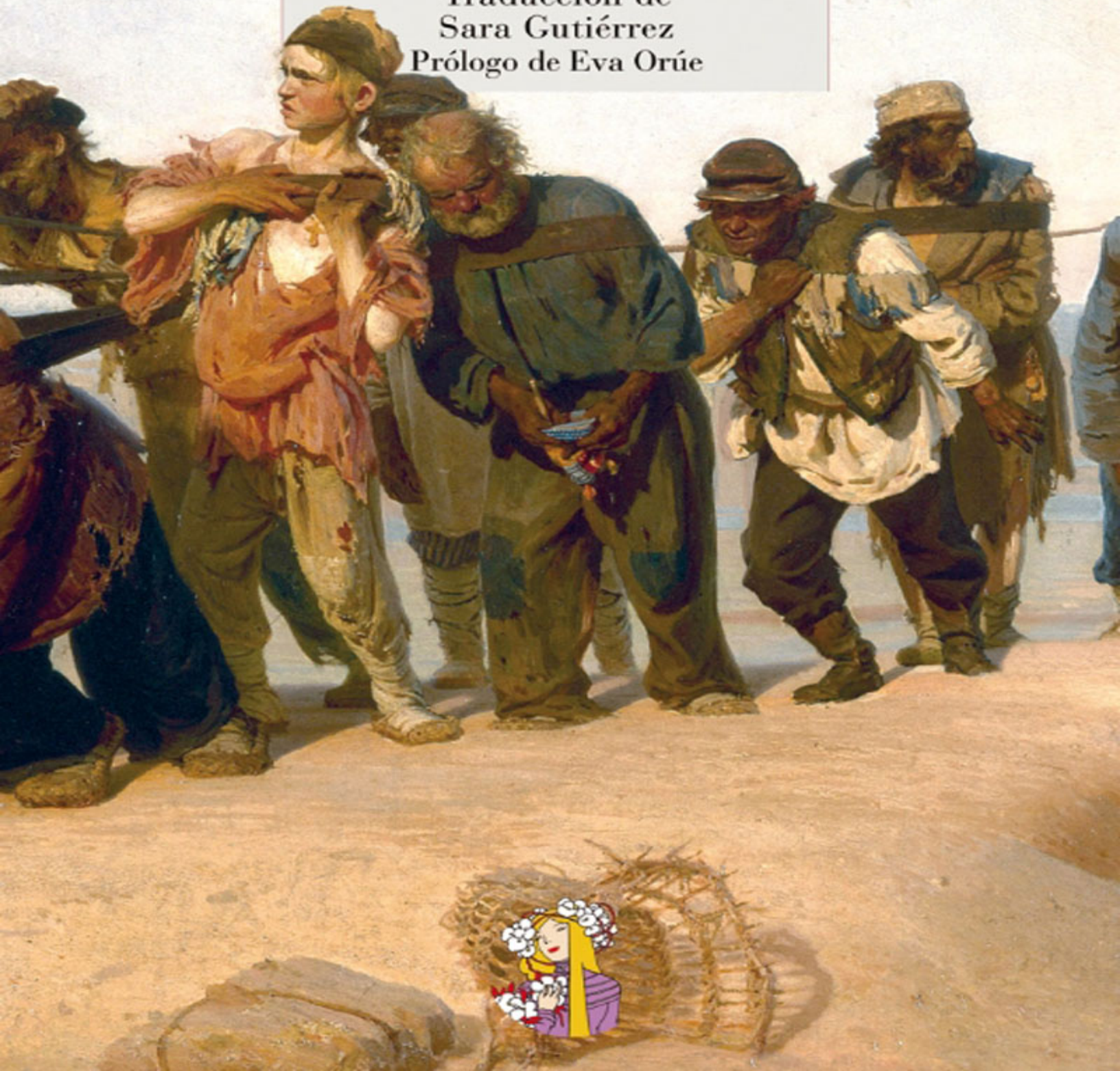
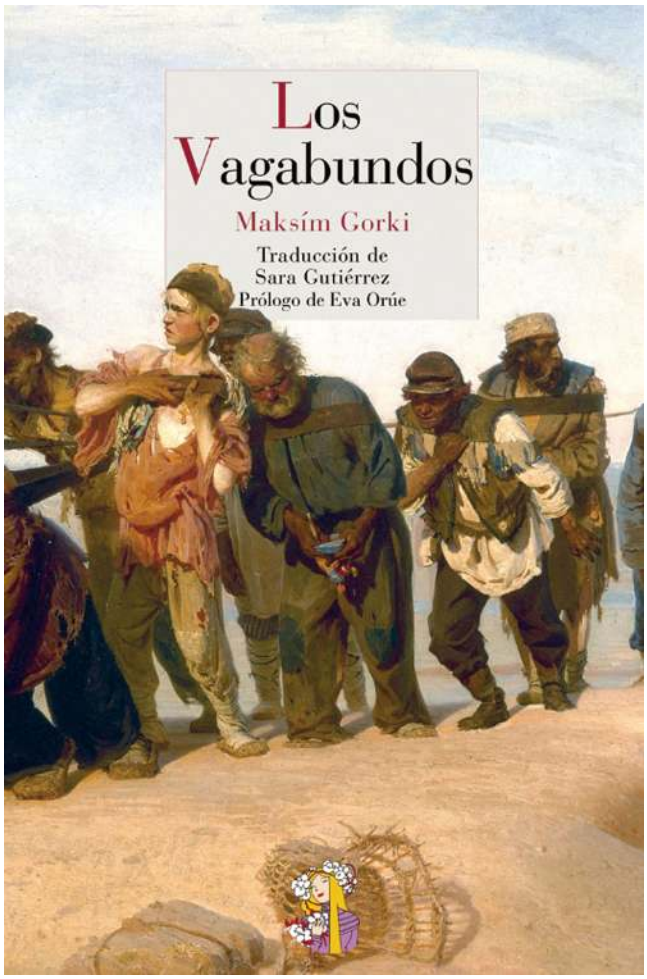
Los Vagabundos

Maksím Gorki

Traducción de
Sara Gutiérrez
Prólogo de Eva Orúe




Los
Vagabundos
Maksím Gorki
Traducción de
Sara Gutiérrez
Prólogo de Eva Orúe

Los Vagabundos

Primera edición en REINO DE CORDELIA, marzo de 2012

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3° B
28016 Madrid

© De la traducción, Sara Gutiérrez, 2012
© Del prólogo, Eva Orúe, 2012
Cubierta de Ilia Repin, detalle de *Los sirgadores del Volga* (1870-1873)

ISBN: 978-84-939798-3-6

Diseño: Jesús Egido
Maquetación: Chema Izquierdo

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto consituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2012
www.librosinlibro.es

Los Vagabundos

Maksím Gorki

Traducción de Sara Gutiérrez

Prólogo de Eva Orúe

Rusia como estado de ánimo

por Eva Orúe

Déjenme que, corriendo algún riesgo, les pida que se adentren en este libro dejando a un lado prejuicios e ideas heredadas. Que no piensen en Maxím Gorki como el activista que se sumó a la revuelta contra la autocracia de los Romanov, pero tampoco como el intelectual que vivió una relación de amor-odio con Lenin. Que no le evoquen como el dos veces exiliado, al sol de Capri o de Sorrento, por su oposición a la deriva de la revolución bolchevique, ni volviendo a su patria para recibir el homenaje de un régimen criminal al que sirvió de coartada sin dejar por ello de intentar, una y otra vez, salvar la vida, la hacienda y la honra de los que caían en desgracia. Que no echen mano de mapas de la urss en los que el topónimo de su ciudad, Nizhni Novgorod, fue sustituido por Gorki, ni de las cartas intercambiadas por el escritor con Stalin o Yagoda, responsable de la policía secreta, que demuestran que no era servil y que había abandonado toda esperanza de una evolución favorable del sistema, lo cual explica que, tras su fallecimiento, el 14 de junio 1936, la duda prendiera: ¿muerte natural o víctima del poder rojo?

Eso les pido, aunque soy consciente de lo difícil que resulta leer a alguien cuya figura es, probablemente, más grande que su obra sin tener en cuenta quién y qué fue, lo que hizo y lo que dejó de hacer...

O, por apurar el grado de precisión, les pido que piensen en ese hombre cuando aún no tiene Maxím Gorki (amargo) como nombre de pluma, aunque amarga es su vida, y amargas sus experiencias. Porque es capital buscar la compañía de *Los vagabundos* sabiendo que la mayor y más meritoria parte de la obra del padre de los escritores soviéticos habla de la Rusia prerrevolucionaria.

Nació Alekséi Maksímovich Peshkov el 28 (16, según el calendario entonces vigente) de marzo de 1868 y con apenas cinco años, huérfano de padre, se vio obligado a instalarse en casa de sus abuelos maternos, responsables de su educación desde que su madre contrajera segundas nupcias. El abuelo tintorero trataba peor que mal al nieto, y a la edad de ocho años lo lanzó al mundo para que se ganara la vida por su cuenta.

El niño vivió aquí y allá, con familiares y extraños, trabajando de casi todo: aprendiz de zapatero, recadero para un pintor de iconos, lavaplatos en un vapor que surcaba el Volga (y cuyo cocinero le inoculó el virus de la lectura). El adolescente fue panadero, estibador, vigilante nocturno, y de puro desesperado, intentó suicidarse. Y el joven que apenas estrenaba la segunda década de su azarosa vida se convirtió en vagabundo y recorrió a pie el sur inmenso de la inmensa Rusia.

Gorki junto a Stalin en una imagen de 1931.

Rebosante de lecturas y experiencias llegó a Tiblisi, en cuya prensa local publicó Makar Chudra (1892), su primera llamada de atención. Tres

años después, ya en San Petersburgo, dio a la imprenta Chelkash, una pequeña obra maestra que hizo de él un escritor reconocido.

Los relatos que Sara Gutiérrez (que ha vivido en Ucrania y Rusia y conoce no ya los secretos del idioma, sino los sentimientos que lo animan) ha traducido para *Los vagabundos* están fechados entre 1895 y 1899. Son el trabajo de un Gorki en estado de gracia, empapado de su país y sus paisanos. En ellos, modela su literatura con el material recogido durante los años errantes, siembra sus paisajes de figuras que se conocen en los pequeños detalles, da voz a las personas con las que ha compartido pan y camino, retrata a quienes le han acogido y alimentado o le han dado con la puerta en las narices. Por aquí desfilan gentes bien y gentes honradas (no es lo mismo, claro), los que se han apartado de la sociedad y los que han sido apartados, ladrones que actúan al amparo de la ley y ladrones por perseguidos en nombre de esa misma ley.

Gorki dibuja como el mejor sociólogo la estampa de un país dolorido y resignado, esboza un programa que aún no es político pero puede serlo: no a la crueldad, no a la servidumbre, sí al trabajo honrado y bien remunerado, sí también a la fortaleza que exhiben quienes parecen más cobardes, aquellos que han abandonado su puesto en la sociedad y recorren el mundo. La libertad para quien la trabaja, y para quien la pasea.

Esta primera etapa creativa se cierra con *Dvadtsat shest i odna {Veintiséis hombres y una mujer),* publicada en 1899, año del que también data su primera novela, *Foma Gordayev,* e hizo abrigar a muchos de sus compatriotas la esperanza de que Gorki llegaría a ser un nuevo Chéjov, un nuevo Tolstói. La historia de la literatura dice que a pesar de obras tan populares como *Mat (La madre*, 1906), no lo logró.

Échenle la culpa al talento, enorme pero no suficiente para alcanzar la talla de esos dos gigantes. O a las circunstancias vitales: la de Gorki no fue una existencia tranquila, propicia para la creación. Claro que, sin su vida tal y como fue, ni se explican estos vagabundos que el lector está a punto de conocer, ni esa autobiografía en tres volúmenes *(Infancia, En el mundo* y *Mis universidades)* que, para muchos, es su obra maestra.

Prepárense, pues, para un viaje. Lean con las botas puestas, y con el abrigo a mano, porque en la Rusia de Gorki hace mucho frío. Si algún personaje se lo ofrece, acepte un té, un vodka, un sitio al precario abrigo de una barca volcada o al calor de una hoguera. Déjense llevar de la mano del escritor amargo, compasivo, ruso hasta el tuétano, por ese país físico que es casi un estado de ánimo.

EVA ORÚE

Una vez en otoño[1]

…UNA VEZ, EN OTOÑO, me vi en una desagradable e incómoda situación: en la ciudad a la que acababa de llegar, y donde no tenía ni un conocido, me encontré sin un céntimo en el bolsillo y sin alojamiento.

Después de haber vendido durante los primeros días todas las prendas de vestir de las que se puede prescindir, me fui de la ciudad, a una localidad denominada Uste[2], donde había embarcaderos de barcos de vapor y que en temporada de navegación era un animado hervidero de trabajo. Pero por aquel entonces estaba vacía y tranquila. El hecho tuvo lugar a finales de octubre.

Chapoteando con los pies por la arena húmeda, y escudriñándola con el deseo de descubrir en ella restos de sustancias alimenticias del tipo que fuera, vagaba solo entre las casas vacías y los puestos, y pensaba en lo bueno que sería estar saciado...

En la cultura actual, es más fácil satisfacer el hambre del alma que el hambre del cuerpo. Póngase a vagar por las calles, le rodearán edificios de apariencia bastante buena y sin duda bastante bien amueblados en el interior. Esto puede despertar en usted pensamientos agradables sobre la arquitectura, sobre la higiene y sobre muchísimas más cosas sabias y sublimes. Se encontrará usted con gentes vestidas de manera conveniente y abrigada, afables, que siempre se apartarán de usted delicadamente sin querer percatarse del triste hecho de su existencia. Ay, Dios, el alma del hambriento siempre se alimenta mejor y más saludablemente que el alma del saciado, he ahí la cuestión, ¡de la cual se puede sacar una inteligente deducción sobre la utilidad de los saciados!

...Caía la tarde, llovía, y el viento del norte soplaba impetuosamente. Silbaba entre las artesas y los puestos vacíos, golpeaba en las ventanas cerradas con tablas de los hoteles, y las olas del río como consecuencia de sus golpes hacían espuma, chapoteaban ruidosamente en la arena de la

orilla, elevando altas sus blancas crestas, se deslizaban una tras otra en la nebulosa lejanía, saltando impetuosamente una a través de otra... Parecía que el río sintiera la proximidad del invierno y muerto de miedo corriera a algún lugar lejos de las cadenas de hielo que podría echar sobre él esta misma noche el viento del norte. Del cielo pesado y lúgubre caían sin cesar gotas de lluvia apenas perceptibles para el ojo, la triste elegía de la naturaleza a mi alrededor era subrayada por dos sauces blancos quebrados y deformes y, cerca de sus raíces, una barca volcada boca abajo.

Una canoa volteada con el fondo roto y árboles despojados por el frío viento, tristes y viejos... Todo en derredor estaba destruido, inutilizado y muerto, y el cielo vertía lágrimas inagotables. Soledad y oscuridad me rodeaban, parecía que todo se estaba muriendo, que pronto sería el único superviviente, si bien a mí también me esperaba la fría muerte.

Yo entonces tenía diecisiete años, ¡buenos tiempos!

Caminaba y caminaba por la fría y húmeda arena, arrancando con los dientes gorjeos en honor del frío y el hambre, y de pronto, en las búsquedas vanas de algo comestible, al pasar detrás de un puesto, vi acurrucada sobre la tierra una figura con ropas de mujer, empapada por la lluvia, y fuertemente apoyada sobre los hombros inclinados. Parado a su lado, observé qué hacía. Al parecer, estaba cavando un pozo en la arena con las manos, minando el terreno de uno de los puestos.

—¿Para qué haces eso? —le pregunté, acuclillándome cerca de ella.

Lanzó una exclamación queda y se incorporó a toda prisa. Cuando ya estaba de pie y me miraba con sus ojos grises bien abiertos, muerta de miedo, vi que era una muchacha de mi edad, con un rostro muy atractivo, por desgracia adornado con tres grandes cardenales. Eso lo estropeaba, a pesar de que los cardenales estaban dispuestos con una excelente simetría: dos del mismo tamaño, uno bajo cada ojo, y otro mayor en la frente, exactamente en el caballete de la nariz. Esta simetría delataba el trabajo de un artista, próximo a la perfección en el arte de estropear las fisonomías humanas.

La muchacha me miraba, y el miedo poco a poco se iba apagando de sus ojos... Sacudió las manos para quitarse la arena, arregló el pañuelo de

percal de la cabeza, se encogió y dijo:

—¿Tú también quieres comer? Pues cava, yo tengo las manos cansadas. Ahí —señaló con la cabeza el puesto— seguramente hay pan... Este puesto todavía vende...

Me puse a cavar. Ella, tras esperar un poco y mirarme, se sentó cerca y comenzó a ayudarme...

Trabajamos en silencio. Ahora no puedo decir si en ese momento me acordé o no del código penal, la moral, la propiedad y demás cosas sobre las que, en opinión de los expertos, hay que acordarse en todos los instantes de la vida. Ya que deseo mantenerme lo más cerca posible de la verdad, debo confesar que al parecer estaba tan concentrado en el asunto de cavar bajo el puesto que me olvidé de todo lo demás, excepto de lo que podría aparecer en este puesto...

Anocheció. La oscuridad, húmeda, penetrante y fría, era cada vez más espesa a nuestro alrededor. Las olas hacían un ruido en apariencia más sordo que antes, y la lluvia repiqueteaba sobre las tablas del puesto cada vez con más intensidad... En alguna parte sonó la carraca de un vigilante nocturno.

—¿Tiene suelo o no? —me preguntó en voz baja mi ayudante.

No entendí a qué se refería y no dije nada.

—Te digo que si el puesto tiene suelo o no. Porque si tiene, entonces nos estamos deslomando para nada. Acabaremos de cavar el pozo y después tal vez nos encontremos con tablones... ¿Cómo los arrancarás? Es mejor romper el candado, el candado este es malillo...

Las buenas ideas rara vez visitan las cabezas de las mujeres; pero como veis, a pesar de todo, las visitan... Siempre he sabido apreciar las buenas ideas y siempre he procurado servirme de ellas en la medida de lo posible.

Una vez encontrado el candado, tiré de él y lo arranqué junto con las argollas... Mi cómplice al instante se encorvó y como una culebra serpenteó por el agujero cuadrangular que se había abierto en el puesto. Desde allí se oyó su exclamación aprobatoria:

—¡Bravo!

Una insignificante alabanza de una mujer tenía para mí más valor que todo un ditirambo por parte de un hombre, aunque ese hombre fuera tan elocuente como si cogiéramos a todos los antiguos oradores juntos. Pero entonces yo tenía una predisposición menos amable que ahora, y sin prestar atención al piropo de la mujer, le pregunté brevemente y con miedo:

—¿Hay algo?

Se puso a enumerarme monótonamente sus descubrimientos:

—Una cesta con botellas... Sacos vacíos... Un paraguas... Un cubo de hierro.

Todo eso era incomestible. Tenía la impresión de que mi esperanza se apagaba. Pero de pronto gritó animadamente.

—¡Ajá! ¡Aquí está!

—¿El qué?

—Pan... Una hogaza... Solo que mojada... ¡Toma!

A mis pies cayó rodando la hogaza, y detrás ella, mi valiente cómplice. Yo ya había cortado un trozo, lo había metido en la boca y masticaba.

—Ea, dame... Hay que irse de aquí. ¿Adónde podemos ir? —Miraba con curiosidad a la niebla por los cuatro costados... Estaba oscuro, mojado, ruidoso...—. Allí hay una barca volcada, hala, ¿vamos?

—¡Vamos!

Y nos fuimos, troceando por el camino nuestro botín y llenando con él las bocas. La lluvia arreciaba, el río bramaba, desde alguna parte se hacía oír un silbo arrastrado y burlón, exactamente como si alguien grande que no teme a nadie abucheara al orden terrenal, y a esta detestable tarde de invierno, y a nosotros, sus dos héroes. Este silbo daba dolor de corazón, y así y todo, comí con avidez, pero en eso la muchacha, que iba a mi izquierda, no se quedaba atrás.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté por preguntar algo.

—¡Natasha! —respondió, comiendo ruidosamente.

La miré, se me encogió el corazón, miré a la niebla delante de mí, y me pareció que la jeta irónica de mi destino se reía de mí misteriosa y fríamente.

SOBRE LA MADERA DE LA BARCA golpeaba inquieta la lluvia, su ruido suave provocaba tristes pensamientos, y silbaba el viento, que entraba volando por el fondo, por la grieta, donde golpeaba una cadenita, golpeaba y chirriaba con un sonido inquieto y lastimero. Las olas del río chapoteaban sobre la orilla, sonaban de manera tan monótona y desesperada como si hablaran acerca de algo tan insoportablemente aburrido y pesado que les importunaba hasta la repugnancia, algo de lo que querían huir y de lo que de cualquier modo tenían que hablar. El ruido de la lluvia se fundía con su chapoteo, y sobre la barca volcada flotaba el suspiro lento y pesado de la tierra, ofendida y fatigada por estos eternos cambios del claro y templado estío al frío, nebuloso y húmedo otoño. El viento volaba sobre la orilla desierta y el río cubierto de espuma, volaba y cantaba melancólicas canciones...

El sitio debajo de la barca carecía de confort: era estrecho y húmedo; por el fondo perforado caían finas y frías gotas de lluvia, irrumpían bocanadas de viento. Estábamos sentados en silencio y tiritábamos de frío. Tenía sueño, recuerdo que Natasha arrimó la espalda al borde de la barca, encogiéndose en una pequeña bola. Abrazando las rodillas con las manos y apoyando sobre ellas la barbilla, miraba fijamente al río, abriendo ampliamente sus ojos, que en el espacio blanco de su cara parecían enormes por los cardenales que tenía bajo ellos. No se movía, y yo sentía que esa inmovilidad y ese silencio poco a poco hacían nacer en mí miedo a mi vecina. Quería trabar conversación con ella, pero no sabía cómo empezar.

Fue ella quien comenzó a hablar.

—¡Qué asco de vida! —pronunció con claridad, recalcando las sílabas, con un tono de profunda convicción.

Pero no era una queja. En esas palabras había demasiada indiferencia como para que fueran una queja. Simplemente, había reflexionado, a su modo había reflexionado y había llegado a la citada conclusión que expresó en voz alta y contra la que yo no podía objetar nada sin contradecirme. Por eso guardé silencio. Y ella, como si no se percatara de mi presencia, continuó sentada inmóvil.